

En vísperas de la Batalla: estrategias y planes operativos

José Pardo de Santayana

La batalla de Vitoria fue la culminación de una campaña que en tan solo cuatro meses llevó al ejército de Wellington del Duero al Bidasoa, desde la frontera luso-española a la hispano-francesa. El 21 de junio de 1813 se libró en la Llanada alavesa, frente a la ciudad de Vitoria, una de las principales batallas de la Guerra de la Independencia. La derrota de la principal fuerza militar que les quedaba a los franceses en España les obligó a buscar refugio tras de los Pirineos, quedando liberada la mayor parte del territorio español. El rey José perdió su trono en tanto que Napoleón sufrió un golpe irreparable en su prestigio. Los hombres que participaron en aquella campaña escribieron una página memorable de la historia militar europea. Si los británicos lucharon para debilitar la posición estratégica del Emperador, su enemigo irreconciliable, el rey José lo hizo para conservar el trono; para los españoles, en cambio, era una cuestión de supervivencia nacional.

Aquella batalla se desarrolló en un escenario estratégico muy complejo en el cual se combinaron actores y razones de alcance peninsular y continental. Fue consecuencia de las operaciones iniciadas un mes antes en torno a la frontera hispano-portuguesa, que a su vez no pueden desligarse de las acciones militares que se estaban desarrollando en toda la Península, especialmente en el eje Almeida-Valladolid-Burgos-Vitoria-Irún. Al final, Wellington

consiguió la victoria debido a su clara superioridad numérica en el día y en el lugar de la batalla. Paradójicamente, José Bonaparte disponía de más fuerzas convencionales en la región aunque no consiguió reunir las aquél 21 de junio. Sin embargo, esta circunstancia tan determinante de cara al resultado final suele pasar desapercibida –o casi– en la mayoría de las obras dedicadas a tan crucial acontecimiento militar.

Como la historiografía militar tiende a estudiar las grandes batallas, puede dar la impresión que los grandes generales han destacado por su clarividencia en los momentos decisivos; pero no conviene olvidar que una batalla es, en gran medida, consecuencia de muchos esfuerzos previos y simultáneos. Resulta muy difícil entender la lógica de las guerras y evaluar los acontecimientos miliares desde una óptica centrada solo en las batallas, sobre todo si el análisis se reduce al escenario concreto donde tiene lugar el combate. El jefe militar que dirige una campaña debe tener en cuenta una serie de variables (políticas, materiales, morales, psicológicas, técnicas ...), que condicionan sus decisiones y sus posibles líneas de acción. Parte de las tropas y del esfuerzo conjunto busca alcanzar una serie de objetivos más o menos cercanos o intermedios, pero en cualquier caso necesarios para conseguir el objetivo final. Todo aquello que obligue al oponente a distraer fuerzas de su núcleo principal tiene un valor estratégico indudable, equivalente cuando menos al hecho de poder disponer de esa misma cantidad y calidad de tropas en el campo de batalla. Por eso conviene contemplar en toda su amplitud el despliegue general de fuerzas.

Hoy en día se utiliza mucho el concepto militar de “*effect based operations*”. Lo mismo da impedir la llegada de refuerzos enemigos destruyendo un puente, que atacándolos directamente o creando una falsa información que evite el envío de dicha fuerza. Siempre existen distintas alternativas para conseguir un mismo fin: el arte militar consiste en elegir la más adecuada en función de la disponibilidad, la oportunidad y la seguridad de conseguirlo. ¡Lo importante es el efecto logrado, no el medio utilizado! Y si bien la “gloria militar” se obtiene en el campo de batalla, la victoria se puede

gestar a muchos kilómetros de distancia. Ahí es donde reside la importancia de las operaciones que se desarrollaron en las provincias del norte, donde las tropas vascas, navarras y castellanas consiguieron retener a un número nada despreciable de soldados imperiales, impidieron que estuvieran oportunamente enlazados y sembraron la confusión en sus filas.

1. El contexto europeo.

El principal factor estratégico que configuró la campaña de 1813 fue la desastrosa derrota de Napoleón en Rusia, a fines del año anterior. Tras haber abandonado a su ejército en plena retirada, el Emperador se encontraba de vuelta en París en la noche del 18 de diciembre. Una vez allí inició una actividad frenética para volver a poner en pie otro gran ejército con el que derrotar en primavera a rusos y prusianos. Para que tal cosa fuera posible resultaba imprescindible mantener la neutralidad de Austria, partidaria de un gran acuerdo de paz terrestre y marítimo, porque el alineamiento de ese país centroeuropeo podía inclinar la balanza en un sentido u otro. El Gobierno británico, por su parte, buscaba a toda costa derrotar a Napoleón. Como recelaba de la paz propuesta por los austriacos, ofreció subsidiar la actividad militar de rusos y prusianos. Unos y otros se sentían inflamados además por el espíritu patriótico y el sentimiento nacional, lo que suponía un serio motivo de preocupación para el impetuoso Bonaparte.

Tampoco Napoleón estaba dispuesto a aceptar la paz moderada propuesta por Viena. Prefería, como de costumbre, imponerla desde una posición ventajosa a partir de una victoria militar. Según Thiers²³, sus planes para 1813 consistían en dictar la paz terrestre después de una campaña victoriosa en Centroeuropa y buscar la paz naval con Gran Bretaña cediendo España. Napoleón estaba

²³ Adolphe THIERS: *Histoire du Consulat et de l'Empire*. Vol. XVI. París, Paulin Relié, 1845, p. 84.

convencido que una gran paz general en el continente obligaría a Gran Bretaña a aceptar sus condiciones. Incluso parecía dispuesto a devolver el trono de España a Fernando VII, aunque incorporando a Francia las provincias del Ebro –Cataluña, Aragón, Navarra y País Vasco–. Esa fue la razón, al parecer, por la que aceptó la presencia de representantes del Gobierno patriótico español en el Congreso de Praga.

En definitiva, la situación europea condicionó las estrategias parciales seguidas por Napoleón y por el Gobierno británico en la península Ibérica. A pesar de tener una necesidad apremiante de fuerzas militares, el Emperador mantuvo en España la mayor parte de sus efectivos. Tan solo detrajo 30.000 veteranos, que fueron enviados a Francia para constituir nuevas unidades con destino al escenario centroeuropeo. Intentó compensar estas pérdidas con cuatro mil hombres procedentes de la recluta o de los hospitales militares, de forma que el número total de efectivos acantonados en España quedaba ligeramente por debajo de los 200.000. Napoleón ordenó dedicar el invierno a combatir a las fuerzas guerrilleras de Navarra y del País Vasco con la intención de pacificar y controlar de forma efectiva ambas regiones. Para ello debía enviarse un potente contingente desde las posiciones de cobertura de la frontera portuguesa que debía estar de vuelta antes de que Wellington desencadenara la ofensiva de primavera. Para evitar sorpresas, el Emperador mandó reunir los ejércitos de Portugal, del Mediodía y del Centro que, con los refuerzos que pudiera enviar el ejército del Norte, sumaban más de 80.000 hombres. Esos efectivos debían bastar para frenar cualquier ofensiva aliada.

La necesidad de pacificar las provincias norteñas respondía a tres razones. En primer lugar, la insurrección había crecido tanto que los franceses estaban perdiendo el control del territorio: Las huestes de Mina bloqueaban Pamplona, el puerto de Santoña estaba sitiado, las comunicaciones interrumpidas casi constantemente y las unidades guerrilleras en condiciones de conquistar los puestos fortificados –imprescindibles para garantizar la ocupación del territorio– gracias a la artillería desembarcada por los buques

británicos en la costa cantábrica. En segundo lugar, y teniendo en cuenta que la guerra se dirigía desde París aun cuando José Bonaparte tuviera nominalmente el mando militar, resultaba esencial mantener despejadas las vías de comunicación. Por último, el Emperador necesitaba controlar efectivamente las provincias del Ebro si pretendía incorporarlas a Francia. Su plan era, pues, más acertado y coherente de lo que suele reconocerse. El éxito dependía, no obstante, de una condición: que las divisiones enviadas al norte estuvieran de vuelta en el valle del Duero antes de que Wellington lanzara su ofensiva que, previsiblemente, sería en mayo.

También Londres tenía una estrategia para España. Inicialmente manejó la posibilidad de que las tropas imperiales abandonaran la Península, en cuyo caso la fuerza expedicionaria británica se trasladaría o bien al norte de Europa –algo que Wellington desaprobaba– o bien al sur de Francia. Pero cuando a partir de marzo quedó claro que Napoleón no pensaba abandonar el territorio español, el Gobierno británico concretó su plan: Wellington iniciaría la ofensiva en cuanto Napoleón lo hiciera en Centroeuropa. De esa forma Londres estaría en condiciones de pedir a Prusia y a Rusia que continuaran combatiendo al temido corso.

2. El plan de ataque aliado.

En cuanto Wellington tuvo conocimiento de la desastrosa campaña rusa comenzó a preparar un plan para la primavera de 1813. Esperaba encontrarse con un enemigo debilitado por la derrota y reducido por las necesidades militares del escenario centroeuropeo, si bien desconocía evidentemente el volumen total de los efectivos imperiales a los que tendría que enfrentarse. Su principal obsesión era evitar el desenlace de la campaña anterior en la que, tras haber alcanzado la ciudad de Burgos, tuvo que replegarse y repasar la frontera portuguesa para volver a sus bases de partida. Avituallamiento e itinerario a seguir constituían otros tantos retos logísticos para el comandante aliado. Puesto que el ejército

anglo-portugués era abastecido por retaguardia desde los puertos de Lisboa y Oporto, habría que variar estos puntos de referencia según fueran avanzando sus tropas. El peligro iría aumentando al acercarse a la frontera francesa, ya que cuanto más territorio abandonaran los imperiales mayor sería también la masa de maniobra que podrían oponer. Por eso resultaba muy conveniente poder disponer en todo momento a retaguardia, y a una distancia no excesivamente grande, de un terreno favorable para la defensa y, llegado el caso, también para el ataque.

El lord inglés pidió a su Gobierno que preposicionase un convoy naval en La Coruña con todos los recursos necesarios para sostener su ejército. Debía permanecer en dicho puerto cargado y a la espera de ser requerido donde él indicase. En su marcha hacia los Pirineos, Wellington pensaba utilizar en primer lugar los puertos gallegos que pudieran servir como base logística. Lo haría tan pronto como reuniera su ejército detrás del río Esla y enlazara, por Benavente, con los caminos reales de Vigo y La Coruña. Si lo conseguía, los franceses no tendrían más remedio que abandonar todo el territorio español al sur del Duero –lo cual representaría un primer éxito estratégico–, o pasar a la ofensiva; en este caso Wellington podría presentar batalla detrás del Esla o retirarse hacia los montes de León, donde encontraría sin duda posiciones defensivas muy favorables. Como las tropas imperiales vivían de lo que obtenían sobre el terreno, no podían permanecer reunidas mucho tiempo. De modo que si no pasaban rápidamente al ataque se verían obligadas a retirarse en dirección a Valladolid y Burgos. Al hacerlo, como ya hemos comentado, los franceses irían aumentando su fuerza al ir recogiendo a las tropas que se encontraban a retaguardia.

La segunda etapa de su plan consistía en avanzar hacia Burgos y, desde allí, abrir comunicación con Santander. Era la parte más sensible del plan, porque en torno a ese punto resultaba más que probable esperar la contraofensiva francesa. En efecto, en el entorno de la capital castellana la vieja línea de abastecimiento de Wellington sería en exceso larga en tanto que la nueva, que se pre-

sentaba en ángulo recto a su izquierda, forzaba un cambio brusco de frente. Además, el terreno llano de Castilla favorecía las maniobras de la caballería francesa, muy superior en número a la de los aliados.

Una vez al norte de Burgos, y con el puerto de Santander a su espalda, la posición resultaría menos expuesta. Wellington contaría con un terreno montañoso, reforzado por el foso del Ebro, para atrincherarse si la situación lo exigía. Según Sarramon²⁴, el plan inicial del general inglés no debió ir mucho más allá de ese punto. A partir de ese momento, y con la frontera francesa como horizonte, las circunstancias dictarían el modo de proceder. Alcanzando tan sólida posición, el ejército aliado obtendría ya un éxito estratégico de primer orden al forzar a los imperiales a abandonar el resto del valle del Duero. Además, y sin proponérselo, al alcanzar el valle del Ebro Wellington dejaría seriamente tocado el plan de Napoleón.

Aquella vasta operación requería serios preparativos logísticos. Las mayores dificultades se presentaban en la primera fase de la maniobra, donde además el secreto era esencial. El esquema operativo de Wellington se basaba en hacer creer a los franceses que su ejército avanzaría por la ruta del año anterior, la que entraba en España por Ciudad Rodrigo y Salamanca, única que permitía un acceso fácil desde el norte de Portugal hacia el valle del Duero. Sin embargo, el ala izquierda de la fuerza anglo-portuguesa comandada por Graham, la más potente de las dos en que se dividió el ejército aliado, debía atravesar el Duero por el interior de Portugal, marchar en dirección a Braganza y Miranda de Douro por un terreno con escasísimas y pésimas vías de comunicación, y entrar en España por la frontera zamorana. Desde allí Graham marcharía con sus hombres en dirección al río Esla y esperaría la reunión con el ala derecha.

²⁴ Jean SARRAMON: *La bataille de Vitoria*. París, J.C. Bailly Editeur, 1985, p. 53.

El ala derecha, mandada por Wellington y dividida a su vez en dos fracciones, convergía hacia Salamanca. La presencia del general en jefe era esencial para hacer creer a los franceses que aquella era la dirección principal del ataque. Una vez expulsada la división francesa acantonada en Salamanca, el ala derecha esperaba en posición hasta la llegada de las divisiones de Graham al Esla. Lo cruzarían aguas abajo en la confluencia con el Duero por medio de un puente portátil que llevaría consigo el ala izquierda. Por si la maniobra fallaba, había quedado otra parte del parque de puentes a retaguardia de Salamanca, en Freixo de Espada, en la convergencia del río Águeda con el Duero. En caso de ataque francés, el ala derecha podía retirarse fácilmente en esa dirección, completamente imprevista por los imperiales. Una vez a cubierto por el profundo cañón del Duero, el ala derecha se uniría a Graham por la ruta de Miranda de Duero.

En cuanto Graham alcanzara el Esla, las divisiones españolas de Galicia al mando de Girón debían ponerse igualmente en marcha para alcanzar Benavente y constituirse en ala izquierda del frente de avance aliado. También debía avanzar el ejército de reserva de Andalucía desde Sevilla hacia Salamanca con el fin de proteger las comunicaciones, las ciudades de la ruta y bloquear ciertos puestos evacuados por los imperiales en el transcurso de su repliegue. El resto de los ejércitos españoles, incluida una fuerza anglo-siciliana desembarcada para amenazar la costa levantina, tenía la misión de retener sobre el terreno a las tropas francesas de los ejércitos de Aragón y Cataluña.

Para la segunda etapa de la operación, la que debía llevar al ejército aliado desde el Esla hasta Burgos, no había itinerarios pre-determinados. Wellington mantenía la esperanza de ir desbordando al enemigo por su flanco derecho, el del norte. El general inglés tenía muy presentes las maniobras con que Clauzel le había contenido once días en el avance desde Valladolid a Burgos durante la contraofensiva de septiembre de 1812. Dicho general francés había ido tomando posición en las sucesivas líneas defensivas ofrecidas por los ríos transversales existentes a lo largo del camino real. Con

ello había obligado a Wellington a concentrarse, detenerse y desplegar frente a cada una de las posiciones.

El Gobierno patriótico español, por su parte, no consiguió diseñar una estrategia clara y definida. El poder político real estaba difuminado entre una débil Regencia, unas Cortes dominantes –que tomaban sus decisiones de forma asamblearia– y múltiples poderes locales dispersos por toda la periferia peninsular. El mando del ejército hispano había sido entregado al lord inglés en calidad de generalísimo, una medida insólita cuando estaban en juego aspectos e intereses estratégicos que iban más allá de la esencial liberación de España, y que habrían de ser negociados si se alcanzaba algún tipo de acuerdo de paz. Pero primó la idea de impedir que ningún general español concentrara tal cantidad de poder que pudiera influir de forma determinante en los asuntos políticos internos.

Si se trataba de conseguir la unidad de acción de todas las fuerzas aliadas que operaban en la Península hubiera bastado con dar el mando del ejército español –o al menos de la parte que operaba con Wellington– al general Castaños. Éste se entendía bien con el inglés y tenía acreditadas dotes diplomáticas: se habría conseguido un resultado similar sin dar el mando real a Wellington. Debe recordarse, asimismo, que tampoco se cumplieron las condiciones acordadas con el lord en su condición de jefe supremo: el incremento cuantitativo de soldados españoles no se tradujo en una mejora del equipamiento, que debían financiar los británicos. Además, la decisión de confiar el mando de los ejércitos españoles a un general extranjero llevó a la insubordinación de Ballesteros y a la subsiguiente neutralización de su ejército; era el de Andalucía, el mejor de los que entonces disponía España.

3. Los contendientes.

A finales de 1812, los imperiales no atravesaban su mejor momento. Los ejércitos de Portugal, Mediodía y Centro sumaban

unos 95.000 hombres y estaban desplegados en las dos Castillas, formando en un gran abanico con Madrid, Salamanca y Valladolid como importantes puntos de referencia. Dicha fuerza estaba presta a concentrarse y pasar a la ofensiva en cuanto Wellington cruzara la frontera portuguesa. Al frente de los ejércitos de Aragón y Cataluña, el mariscal Suchet cubría con unos 60.000 hombres el gran triangulo comprendido entre Barcelona, Valencia y Zaragoza. Los 45.000 hombres del ejército del Norte ocupaban el enclave estratégico de Burgos, La Rioja, Santander, Navarra y País Vasco, por donde entraban las principales líneas de comunicaciones con París. Sobre este último espacio operaban con descaro las divisiones de origen guerrillero del Séptimo Ejército, comandado por el general Mendizábal.

Nominalmente al menos, los ejércitos franceses estaban al mando del rey José. En la toma de decisiones estaba ayudado por el mariscal Jourdan, su jefe de estado mayor. Jourdan era un hombre inteligente, sensato y con experiencia en el mando de tropas independientes; no obstante, había perdido el vigor y el ánimo de su juventud, y no supo responder con firmeza a las dudas e indecisiones del monarca. En cualquier caso, la autoridad de José encontraba importantes resistencias en algunos generales, dispuestos a obedecer tan solo las órdenes del Emperador. Por si fuera poco, la estructura de mando de los ejércitos independientes resultaba un obstáculo para una armoniosa acción de conjunto.

Por su parte el ejército anglo-portugués de Wellington permanecía en sus cuarteles de invierno en el interior de Portugal, entre el Duero y la sierra de la Estrella, con unos 47.000 hombres sobre las armas y muchos miles en los hospitales.

El Gobierno patriótico español estaba reorganizando sus ejércitos para dejarlos en cuatro de operaciones y otros dos de reserva. El Primero subsistía en el interior de Cataluña con unos 18.000 combatientes. El Segundo -desplegado entre Alicante y Murcia- alcanzaría en junio los 30.000 hombres con la incorporación de las fuerzas anglo-sicilianas. Asentado en Andalucía oriental, el Tercero

contaba con 24.000 hombres y, tras la destitución de Ballesteros, lo dirigía el general Parque. El Cuarto, con sus 25.000 combatientes, tenía asignada la defensa del oeste español. Las fuerzas guerrilleras estaban ya en gran parte regimentadas y agrupaban a unos 40.000 combatientes, de los cuales la mitad estaban agrupados en el Cuarto ejército y operaban en las regiones del centro y del norte. En torno a Sevilla estaban estacionados los 14.000 hombres del ejército de Reserva de Andalucía. Finalmente, estaban los escasos batallones de la Reserva de Galicia en los principales puertos de la región.

En la campaña de Vitoria de 1813 solo intervinieron de forma directa los ejércitos franceses del Mediodía, Portugal, Centro y Norte, el ejército anglo-portugués de Wellington así como el Cuarto ejército español y el de Reserva de Andalucía. Puesto que los demás ejércitos existentes en el territorio peninsular se neutralizaron entre sí, nos limitaremos a relatar las cuestiones relativas de los primeros. Por otra parte, el núcleo principal de las fuerzas del ejército de Aragón al mando de Suchet se encontraba al sur de Valencia, muy lejos para poder intervenir oportunamente.

A comienzos de 1813, dos eran las prioridades de José Bonaparte: reabastecer la sitiada plaza de Santoña, que estaba al límite de su resistencia, y facilitar la vuelta a Madrid de la comitiva que se había trasladado con él a Valencia el verano anterior. Para reabastecer la plaza cantábrica se utilizaron tropas del ejército del Norte, que se desplazaron desde Burgos y del País Vasco. Las fuerzas de Longa y del cura Merino aprovecharon ese vacío para interceptar las vías de comunicación con París, entre Vitoria y Palencia, y rendir con artillería las guarniciones imperiales de Salinas de Añana y Cubo de Bureba. Las consecuencias de tales acontecimientos fueron aún más graves de lo que pudiera parecer, ya que en esas mismas fechas acababan de llegar a Vitoria las primeras órdenes de Napoleón para la campaña de ese año. Su ejecución, como ya hemos dicho, era urgente. La expedición hacia Valencia tuvo la desafortunada consecuencia de desplazar hacia el sudeste parte de las fuerzas imperiales, precisamente cuando el

Emperador ordenaba que se dirigieran hacia el Norte. El comportamiento del mariscal Soult, deseoso de sustituir a José en el mando supremo de las fuerzas imperiales en España, hizo que dicha operación se retrasara aún más de lo necesario.

El 3 de enero de 1813 Napoleón dictó al duque de Feltre, ministro de Guerra, las primeras directivas relacionadas con España; pero no llegaron a Madrid hasta el 16 de febrero. Reiteradas por el ministro con ciertos intervalos, las nuevas órdenes eran cada vez más precisas e imperiosas: la corte debía trasladarse a Valladolid, ciudad centrada en el despliegue y más cercana en la ruta de París; en Madrid, y únicamente por razones políticas, debía quedar solamente una pequeña guarnición como extremo de la línea; durante el invierno debían enviarse divisiones de refuerzo del ejército de Portugal al del Norte para combatir la insurrección; debían ser enviados de vuelta a Francia 25.000 cuadros de mando y soldados de élite, así como los 4.000 hombres que quedaban de la Guardia Imperial; había que reorganizar las fuerzas, lo que incluía la supresión de dos divisiones del ejército de Portugal, y simultáneamente mantener una actitud ofensiva sobre la frontera portuguesa para impedir que Gran Bretaña pudiera enviar fuerzas a otros frentes. También hubo cambios en los mandos. El mariscal Soult fue llamado a Francia tras hacerse evidente su absoluta incompatibilidad con el monarca y el enérgico y muy capaz general Clauzel sustituyó a Cafarelli al frente del ejército del Norte.

Tras analizar en profundidad las órdenes imperiales Serramon, el historiador francés, asegura que Napoleón se equivocaba por partida doble: ni sus tropas en España podían acometer tantos planes operativos de forma simultánea, ni resultaba sensato estimar la fuerza del ejército aliado a partir solo de los efectivos británicos. No obstante, como veremos, su plan falló estrepitosamente debido sobre todo a la débil, fragmentada e indecisa dirección de los ejércitos imperiales durante la campaña. En buena medida era responsabilidad del Emperador quien, por razones políticas, había fomentado una estructura de mando muy descentralizada.

Una vez que las órdenes imperiales llegaron a Madrid, se hizo evidente la necesidad de enviar a retaguardia a los nueve mil soldados enfermos hospitalizados y a los afrancesados más comprometidos con el régimen bonapartista junto con el material militar sobrante; cuanto más cerca de la frontera francesa mejor. En cuanto empezaran las operaciones, manejar aquella masa humana y material suponría un serio trastorno. Era igualmente imprescindible crear almacenes de víveres en Valladolid y Burgos para poder atender las necesidades de los ejércitos en la fase de concentración. El plan de campaña había sido diseñado por Jourdan. Al menor indicio de ofensiva enemiga, toda la caballería del ejército del Mediodía avanzaría en dirección a Salamanca, que era por donde se esperaba el avance de Wellington. A cubierto de la pantalla de caballería, el resto de la fuerza de los ejércitos del Mediodía, Centro y Portugal se concentraría detrás del Duero, entre Toro, Tordesillas y Medina del Campo, a la espera de los refuerzos procedentes del ejército del Norte. Si tal reunión no se producía, los ejércitos del rey podían replegarse hacia Burgos para facilitar la concentración general de fuerzas. Una vez reunida una masa total superior a 80.000 hombres, los franceses podrían contar con serias opciones de éxito. Era pues, esencial, recuperar los más de 20.000 hombres destacados por el ejército de Portugal a las provincias del Norte.

El jefe de estado mayor del rey era un hombre juicioso. Si las medidas se hubieran tomado oportunamente, hubieran conseguido neutralizar la amenaza. Pero como ya hemos visto, las órdenes llegaron con gran retraso. Además Soult resistió su ejecución y las fuerzas se habían extendido en sentido contrario. Por si fuera poco, el monarca tardó en evacuar Madrid, que para él suponía un fracaso político muy grave. Además, la intendencia militar —en especial la del ejército del Mediodía— se opuso a constituir almacenes generales de víveres. Fue una decisión errónea teniendo en cuenta que el territorio se encontraba devastado después de tantos años de guerra, que los recursos eran muy escasos y que también los disputaban las fuerzas guerrilleras, que hacían del acopio de víveres verdaderas operaciones militares. El envío a retaguardia

de enfermos, afrancesados y material bélico inservible anunciaba de forma apenas velada una próxima retirada, que el rey se resistió a tomar por miedo a perder los pocos apoyos que todavía le quedaban.

En lo relativo a los refuerzos enviados al norte, las tres primeras divisiones del ejército de Portugal llegaron a Burgos entre el 19 de marzo y el 10 de abril. Posteriormente llegaría una cuarta, el 23 de aquel mes. Con dos de ellas y otras dos propias, el general Clauzel, jefe del ejército del Norte, se lanzó en persecución de Espoz y Mina por Navarra y el noreste de Aragón. Las otras dos, reforzadas por la pequeña división italiana de Palombini, y todas ellas bajo el mando del general Foy, sitiaron Castro Urdiales, que cayó trágicamente en la noche del 11 de mayo. Después de aquello la división Sarrut se dirigió contra Longa en el valle del Nela, al norte del Ebro, entre Álava y Burgos, y Foy continuó combatiendo por Vizcaya y Guipúzcoa. Tras el paso por Burgos de las divisiones del ejército de Portugal, las fuerzas insurrectas volvieron a cortar intermitentemente la carretera de Francia, ente Vitoria y Valladolid. El rey José no tuvo más remedio que enviar allí otra división y media. En su conjunto, las bajas imperiales desde la ofensiva del año anterior superaban los cinco mil combatientes, una sangría excesiva cuando las fuerzas estaban dispersas y al límite de sus posibilidades.

Esa era la situación general en mayo cuando Wellington decidió –por fin– pasar a la ofensiva. Los tres ejércitos franceses encargados de parar la embestida aliada sumaban algo menos de 60.000 combatientes; a esos efectivos había que sumar los 9.000 situados entre Valladolid y Vitoria, y los 45.000 asignados al Ejército del Norte. En total, sobre el gran eje por el que discurriría la campaña había unos 115.000 combatientes imperiales. El general Gazan estaba al frente del ejército del Mediodía, el general Reille mandaba el de Portugal y Drouet d'Erlon dirigía el del Centro. Reille, al norte del Duero, contaba con una numerosa caballería pero su infantería estaba toda ella a retaguardia y se le había agregado temporalmente una división del ejército del Centro. El ejército

del Mediodía estaba desplegado entre Zamora, Salamanca, Ávila y Madrid. Su punto débil era el repliegue desde la capital, pues debía atravesar la sierra de Guadarrama. El ejército del Centro, entre Segovia y Valladolid, debía esperar la llegada de Villate desde Madrid, antes de acudir a su lugar de concentración. El ejército del Norte, junto con los refuerzos recibidos, estaba en plenas operaciones y en posiciones muy retiradas hacia el noreste.

Las operaciones dirigidas por el lord inglés para concentrar su ejército al norte del Duero llevaban preparándose desde hacía meses. Su ejército se había reforzado considerablemente. La fuerza anglo-portuguesa contaba con 9 divisiones de infantería, 2 brigadas portuguesas independientes, 8 brigadas de caballería, 90 piezas de artillería de campaña, un importante tren de sitio y un buen parque de puentes capaz de lanzar doscientos metros totales de plataforma. La fuerza totalizaba unos 80.000 combatientes de todas las armas. A su izquierda tenía los 16.000 hombres de las tropas gallegas dirigidas por el general Girón, a su derecha los 4.000 hombres de la división española de Morillo; más al sur, y bastante lejos, el ejército de Reserva de Andalucía, con los 14.000 combatientes del conde de La Bisbal, aunque al estar desprovistos de logística serían incapaces de llegar a tiempo a la cita. Delante de Wellington, y en contacto con las vanguardias francesas, se encontraban los 1.200 lanceros del Charro y los escasos infantes de Carlos de España. Sin contar con los andaluces, ni con los cuatro mil españoles que debían quedarse atrás cubriendo Salamanca y Ciudad Rodrigo, el ejército aliado contaba en las bases de partida con unos cien mil hombres.

4. Comienza la ofensiva.

El 25 de abril de 1813 Napoleón llegó a la ciudad germana de Erfurt para dar comienzo a la ofensiva de primavera en el frente centroeuropeo. Era la señal esperada por Wellington para cruzar la frontera portuguesa e iniciar el avance aliado en la Península.

No obstante, el retraso de las lluvias –esenciales para el reverdecimiento de los campos y el sostenimiento de los animales tanto de monta como de carga y arrastre–, junto con algunos problemas relacionados con el parque de puentes dilataron el comienzo de la ofensiva. Las órdenes se enviaron por fin el día 13 de mayo. A partir de ese momento el ala izquierda se puso en movimiento para cruzar el Duero y marchar hacia la línea de concentración Braganza-Miranda de Duero. Ocho días después comenzó el avance del ala derecha, conducida por el propio Wellington. Para entonces los franceses habían detectado el inicio de la ofensiva aliada pero, en vez de reaccionar inmediatamente, decidieron permanecer a la espera, hasta comprobar el desarrollo de los acontecimientos. La única medida que tomaron fue concentrar en torno a Madrid las tropas que estaban al sur de la sierra de Guadarrama.

El 26 de mayo Wellington entró en Salamanca tras haber expulsado a la división de Villate. Allí se enteró que los franceses seguían desplegados en posiciones muy dispersas, de donde dedujo que había conseguido ocultarles hasta el último momento el inicio de su ofensiva. Graham había concentrado ya a la mayor parte de su fuerza junto a la frontera, a las puertas de la provincia de Zamora; solo quedaba por llegar la 4.^a división y una brigada de caballería. Las operaciones no podían ir mejor: lo conseguido hasta aquel momento era todo un logro de planificación y organización militar. Por el contrario, en Valladolid la situación no podía ser más desesperada: el cuartel general del rey José ya se había percatado del peligro y el día 27 ordenó una concentración urgente de todas sus fuerzas hacia esa ciudad castellana. Durante siete días el ejército imperial estuvo a expensas de su oponente y corrió el peligro de ser destruido por partes.

El ala derecha aliada comandada por Wellington tomó posiciones al noreste de Salamanca y allí permaneció inmóvil hasta el 1 de junio. Para justificar la parsimoniosa actuación del lord, que desaprovechó la oportunidad de destruir a su enemigo antes de que éste se concentrara, los historiadores británicos afirman piadosamente que desconocía el desplazamiento de la tercera parte de la

infantería francesa hacia el territorio vasco-navarro para combatir a la guerrilla. Sin embargo, parece imposible ocultar tal volumen de movimientos, que además habían sido aireados por la prensa patriótica. La explicación debe buscarse en otra parte: estando decidido a mantener escrupulosamente el plan inicial, Wellington consideraba muy arriesgado desviarse de él hasta no reunir las dos alas de su ejército al norte del Duero. Como una vez allí tampoco podía descartarse una reacción ofensiva del rey José, prefirió, conforme a su estilo, maniobrar con prudencia. Una vez consolidado el movimiento de su ala derecha, Wellington galopó hasta Miranda de Duero para cruzar el río. El 30 de mayo alcanzó al ala izquierda, la cual había cruzado la frontera tres días antes y estaba concentrada detrás del Esla. Girón, con su vanguardia en Astorga y el grueso de sus tropas en el valle del Bierzo, se puso en marcha aquel mismo día. Por su parte, el ejército de Reserva de Andalucía acababa de alcanzar el Tajo.

Sin ser molestadas por los aliados, las divisiones francesas de Villate y Conroux junto con la caballería del ejército del Mediodía formaron una débil línea de cobertura al oeste de Medina del Campo. Mientras, Cassagne esperaba en Segovia a Leval y Casapalacios cubría el camino real de Valladolid. Madrid no fue definitivamente evacuada hasta el 28. El 30 de mayo las fuerzas que habían abandonado la capital ya estaban en Segovia, a tres jornadas de marcha de Valladolid. En esa ciudad se encontraba también la columna de evacuación que transportaba el material militar sobrante, los enfermos y los españoles comprometidos con el régimen imperial. Aunque la reunión de las fuerzas imperiales aún no se había consumado, hubo que organizar potentes escoltas detrayendo algunas tropas de sus respectivas unidades con el fin de encaminar esa gran columna hacia Vitoria. Clauzel no fue avisado hasta el 27 de mayo, y el 30 se le ordenó reunirse con las fuerzas del rey. Sin embargo, ambos despachos no llegaron al jefe del ejército del Norte, que se encontraba en Pamplona, hasta el 13 de junio. Tal era el control que las fuerzas españolas de retaguardia tenían sobre un territorio teóricamente ocupado. Dada su capacidad

para retardar las comunicaciones, evitando la concentración de las fuerzas enemigas en tiempo y lugar oportunos, resultó valiosísima la aportación de esas fuerzas.

El Esla fue cruzado por las tropas anglo-portuguesas el 31 de mayo, marchando después con precaución en dirección a Zamora y Toro. Por el contrario, Reille y Darricau maniobraron con maestría –especialmente el primero– para, primero, obtener información y, después, retardar el avance adversario, dando tiempo a que el resto de las fuerzas imperiales cruzaran el Duero.

Por fin, la noche del 2 de junio se completó la concentración de todas las fuerzas imperiales al norte del Duero. El rey podía respirar. Como solamente contaba con unos 55.000 hombres en línea, estando el resto disperso a retaguardia, decidió retirarse hasta Burgos. Allí esperaban los 3.000 hombres que habían partido en aquella dirección escoltando convoyes. Mientras, los 9.000 hombres de Maucune y Lamartiniere estaban entre Palencia y Briviesca; más a retaguardia todavía –en Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra– se encontraban los 15.000 infantes del ejército de Portugal. A Clauzel, que además del refuerzo contaba con unos 33.000 hombres de su propio ejército, se le ordenó presentarse en Burgos con toda la fuerza que pudiera reunir. El 3 de junio los ejércitos de Portugal, Mediodía y Centro concentraron sus posiciones hacia retaguardia y el 4, con las reservas de víveres muy justas, iniciaron su repliegue hacia Burgos. En todo momento anduvieron apremiados por problemas logísticos, pues la región estaba completamente esquilmada por las sucesivas idas y venidas de abundantes tropas.

En vista de tantas dificultades, Jourdan propuso una retirada hacia Aranda de Duero y Soria. Lo argumentó asegurando que de esa forma se podría amenazar el flanco de Wellington si éste avanzaba hacia Burgos y favorecer una gran concentración militar con refuerzos procedentes del Norte y de Aragón. Esta opción, sin embargo, fue descartada. Por un lado suponía desgarnecer la carretera de Francia contraviniendo con ello las instrucciones de Napoleón; por otro, en la dirección propuesta los caminos re-

sultaban inadecuados para el desplazamiento de un ejército tan grande.

Volviendo de nuevo al ejército aliado, su ala derecha inició el movimiento de convergencia con el resto del ejército el 2 de junio, una vez cruzado el Duero por Toro. Dos días después Wellington avanzó con intención de abordar la línea imperial, pero se encontró con que su enemigo la había abandonado el día anterior. El conjunto de la fuerza aliada se estructuró en cinco columnas paralelas –cuatro de ellas compuestas por caballería e infantería, y una de flanco formada únicamente por caballería–. Con ligeras modificaciones, esta estructura se mantendría hasta el día de la batalla de Vitoria. Los lanceros de Castilla, que constituían el ala derecha, quedaron separados del resto de las columnas por los ríos Pisuerga y Arlanzón.

Los imperiales alcanzaron las posiciones sucesivas del Carrión y el Pisuerga las noches del 4 y del 7 y, sin poder detenerse por las razones logísticas ya citadas, se replegaron a una posición dispersa delante de Burgos el día 9. Sin presionar apenas a los ejércitos franceses, los aliados avanzaron tras sus huellas con el ala izquierda de Girón bastante destacada hacia el norte, amenazando en todo momento desbordar las posiciones que José pudiera ocupar. No obstante el 9 de junio, al alcanzar el Pisuerga con su vanguardia y Palencia con la cola de las columnas, Wellington cambió brusca-mente de dirección. Dirigió sus tropas hacia el norte por la carretera que, desde Palencia, toma la ruta de Santander. En dos días Wellington había desplegado sus divisiones en disposición de enlazar con dicho puerto y replegarse en aquella dirección si la situación lo requería. La parte más sensible de su proyectada maniobra ya estaba superada.

A partir de entonces el objetivo del general en jefe aliado era cruzar el Ebro y desbordar a cierta distancia toda línea de resistencia enemiga al sur de dicho río. Si el enemigo le atacaba, sería en un terreno montañoso e intrincado donde podía encontrar magníficas posiciones defensivas. En cuanto su ala derecha ocupara Bilbao, el

puerto de Santander quedaría a cubierto y podría empezar a ser utilizado como base logística segura. El día 12 de junio Wellington concentró solamente una parte de sus fuerzas y avanzó contra el ejército de Portugal, desplegado detrás del río Hormaza y separado del resto de las fuerzas por unos arroyos muy crecidos por las persistentes lluvias de los días anteriores. Con aquel ataque parcial quiso probablemente ocultar su intención de hacer una amplia maniobra de envolvimiento, ya que con ello obligaba a su enemigo a concentrarse y recoger la caballería.

El día 11 el general Álava envió desde el cuartel general en Melgar de Fernamental un pequeño destacamento a Longa, que se encontraba en el valle del Nela, al norte del Ebro, por donde habían de pasar las columnas de Wellington. Le pidió que enviara oficiales capaces de informar sobre los caminos y la transitabilidad de aquella escarpada región. El gran problema de los aliados era encontrar las rutas adecuadas para mover un ejército tan voluminoso por un terreno tan poco apto. La única vía verdaderamente transitable era la que conducía a Reinosa. Pero estaba demasiado alejada hacia el oeste y los franceses podían igualmente cruzar el Ebro por Frías y Puentelarrá, ocupar el valle del Nela, y cerrarle el acceso a Bilbao. Se trataba, pues, de alcanzar las Merindades antes que los franceses.

5. **Hacia el choque decisivo.**

Sin noticias de Clauzel, al llegar a Burgos los imperiales se habían planteado de nuevo qué estrategia seguir. Reille propuso retirarse hacia La Rioja. Ese movimiento favorecería la reunión con el refuerzo de los ejércitos del Norte y de Aragón y permitiría, además, amenazar de flanco a los aliados si estos avanzaban por la gran ruta. José Bonaparte se opuso aduciendo que ni podía perder la línea de comunicación con Francia, algo que su hermano jamás hubiera aprobado, ni exponer el material, los enfermos y la gran masa de españoles afines enviados a Vitoria. Por otra parte,

Jourdan había señalado el riesgo de una maniobra envolvente del grueso de las fuerzas enemigas por el alto Ebro. Esta fue desechada por las malas comunicaciones de aquella región. Tampoco se envió hacia allí una fuerza de vigilancia pues, al estar ocupada por la división de Longa, se requería al menos una brigada reforzada y eso resultaría inoportuno si el enemigo aparecía en masa. Al final prevaleció la única decisión que cabía tomar: confiar que llegaran los refuerzos de las divisiones integradas en el ejército del Norte. Esa misma noche del 9 de junio se remitió a Clauzel una orden apremiante indicándole que se uniera al rey en Pancorbo.

Tras el combate del río Hormaza, los ejércitos del rey José iniciaron su repliegue hacia La Bureba la noche del 12 de junio. Al objeto de poder reunir víveres se dispersaron delante del desfiladero de Pancorbo, con la intención de volverse a concentrar tan pronto como atacara Wellington. Mantenían una posición formidable desde el punto de vista defensivo, apoyada como estaba en una línea de sierras con escasísimos pasos y con el Ebro a retaguardia. Además, presentaba la ventaja de tener al frente una amplísima llanura donde explotar la superioridad en caballería.

Detrás de los imperiales solo avanzó el ala derecha de Wellington. En concreto los lanceros de don Julián Sánchez, que llevaba más a su derecha al Cura Merino. Éste último se había unido al ejército aliado viniendo desde Aranda de Duero. Entre todos constituyeron una pantalla de caballería que ocultó durante dos días –aquellos en que las columnas de Wellington eran más vulnerables a un ataque enemigo– los movimientos del resto del ejército.

Las cuatro columnas aliadas principales marcharon hacia el noreste para cruzar el Ebro por tres pasos diferentes. Alcanzaron el río el 14 de junio; al día siguiente, cuando la mayor parte de la fuerza lo había cruzado o estaba a punto de hacerlo, la caballería francesa envió unos reconocimientos hacia delante y descubrió la maniobra de Wellington. El alto mando imperial supuso que las columnas aliadas se dirigían hacia Bilbao para seguir desbordando las posiciones francesas. Ordenó pues al ejército de Portugal

que se adelantara en aquella dirección, y a los otros dos que se retiraran a la Llanada alavesa. La división Foy debía dirigirse también a Bilbao, para apoyar a Reille. Entretanto, se enviaron varios despachos a Clauzel comunicándole que Vitoria sería el nuevo punto de encuentro. Tras la concentración de todas las divisiones disponibles, la masa de maniobra iniciaría la ofensiva contra las fuerzas aliadas. Los franceses no tenían otra alternativa, ya que una vez reunidas sus divisiones éstas no podrían permanecer reunidas mucho tiempo por carecer de todo lo necesario para su sostenimiento.

Aquel mismo día 15, Clauzel había ordenado ponerse en marcha a las cuatro divisiones que estaban con él en Navarra. Aunque había serios rumores acerca del avance aliado, hasta el 11 no recibió el primer mensaje del rey comunicándole el inicio de la ofensiva enemiga. Según Sarramon²⁵, hasta el 13 no le llegó la orden de ir a reunirse con el rey. Esta cuestión resultó determinante. Cada día perdido fue crucial: con un refuerzo de 13.000 hombres Clauzel llegó a la Llanada alavesa un día después de la batalla, durante la cual los franceses agotaron sus reservas y padecieron una desventaja numérica muy acusada.

Los pliegos enviados por el rey al jefe del ejército del Norte llegaron con demasiado retraso (o no llegaron) por la acumulación de varias circunstancias. En primer lugar, y dada la ubicuidad de las fuerzas guerrilleras en la región, el envío de mensajes requería numerosa escolta. Además ésta se iba renovando de tramo en tramo, según la disponibilidad de fuerzas en cada nueva guarnición, con las consiguientes pérdidas de tiempo. Como los pliegos seguían las etapas de la principal línea de comunicación, que pasaba por la villa guipuzcoana de Tolosa, tenían que dar un gran rodeo. A eso hay que añadir que las órdenes enviadas por medio de paisanos ofrecían muy pocas garantías de alcanzar su destino, dado el incierto futuro de la presencia francesa en territorio español. Por

²⁵ Jean SARRAMON: *La bataille de Vitoria*. París, J.C. Bailly Editeur, 1985, p. 215.

otro lado, el envío a retaguardia de material, enfermos y españoles comprometidos con el régimen imperial provocó muchas interferencias y un gran desorden, además de absorber atención y recursos necesarios para organizar adecuadamente las operaciones de defensa. A todo ello hay que sumar que, aunque la sede del cuartel general del ejército del Norte estaba en Vitoria, Clauzel se encontraba temporalmente en Pamplona y que la capital navarra distaba en exceso de la ruta por la que avanzaba Wellington.

En cualquier caso, las órdenes tampoco permitían hacerse una idea clara de lo que estaba pasando. Como habían sido redactadas bastantes días antes, es muy posible que el jefe del ejército del Norte no fuera consciente de la inmediata proximidad del ejército aliado. Clauzel tampoco podía imaginar que todo hubiera transcurrido tan deprisa. Si, como ya se ha indicado, el año anterior él mismo había conseguido retrasar once días el avance de Wellington entre Valladolid y Burgos, ¿cómo imaginar que el generalísimo inglés, siempre tan prudente, hubiera conseguido trasladarse en apenas dieciocho días desde Salamanca al otro lado del Ebro?; y, si la situación era tan urgente, ¿por qué no se le habían remitido los pliegos por un medio más rápido y más seguro?

A toro pasado, la actuación de Clauzel parece completamente inadecuada; pero es muy posible que el desconocimiento de la realidad le llevara a tomar decisiones equivocadas. Teniendo en cuenta la extraordinaria valía militar del general en jefe del ejército del Norte, así como la gravedad de la situación, no cabe pensar que actuó movido por insolidaridad o egoísmo personal. Napoleón otorgaba gran valor estratégico a Navarra, provincia lindante que quería incorporar a Francia, donde la insurrección había obtenido enormes éxitos. Clauzel, por su parte, no quería abandonar ese territorio a su suerte, ni marchar sin organizar adecuadamente las escasas fuerzas que dejaba a retaguardia. De lo contrario se perdería en unos días todo lo conseguido con enorme esfuerzo. A pesar de las dos mil bajas francesas producidas durante los dos meses y medio que había durado la persecución de Espoz y Mina, el balance de Clauzel no era desdeñable. Por primera vez en año y medio

las tropas imperiales habían conseguido retomar el control territorial del viejo reino. Además, había conseguido apresar al secretario del célebre guerrillero y descubrir la artillería que habían enterrado sus hombres.

Pues bien, aquel 15 de junio las fuerzas de ambos bandos intuían la proximidad de la batalla, aunque apenas conocían la posición y las intenciones del oponente. No obstante, los aliados contaban con una ventaja adicional: las fuerzas guerrilleras de la región habían montado una red de información y enlace que estaba bien organizada e imbricada en los municipios locales. Los imperiales, por su parte, tenían un problema añadido: estaban mal enlazados y mal comunicados entre sí, de manera que unos no sabían dónde estaban los otros.

Por aquellas fechas el general inglés ya había sido informado de las victorias de Napoleón sobre los prusianos y los rusos en Lutzen y Bautzen, los días 2 y 21 de mayo; también conocía las negociaciones abiertas para concluir un armisticio. La posibilidad de que el Emperador pudiera enviar refuerzos a España desde Alemania cambió el panorama estratégico. Si para el rey José las noticias resultaban esperanzadoras y contribuyeron a mejorar la moral de los suyos, Wellington era consciente que debía dar la batalla mientras conservara la superioridad numérica.

Habiendo integrado las fuerzas de la división Longa, el día 16 el ejército aliado continuó su marcha para reunir las cuatro columnas en el valle del Nela, en torno a Medina de Pomar. Allí el general inglés esperaba estar en condiciones de plantar cara si era atacado. Sin embargo, al ver que su oponente no se dirigía contra él y que ya tenía sus propias divisiones reunidas al norte del Ebro, continuó su avance. Entretanto, la columna de Girón se dirigió por Balmaseda hacia Bilbao y las otras tres, siguiendo dos itinerarios paralelos por un terreno bastante accidentado, progresaron hacia el este, con el fin de alcanzar en dos días la carretera Pancorbo-Bilbao por Orduña y el valle del río Omecillo.

7. El desenlace.

El día 18 de junio las columnas aliadas se toparon inesperadamente con las tropas del ejército imperial de Portugal, que iban a Bilbao por el mismo valle del Omecillo. Trabaron combates en San Millán de San Zadornil y en Osma, donde la división de Maucune resultó bastante mal parada. Reille demostró de nuevo sus grandes dotes militares al contener a su adversario y replegarse ordenadamente mientras protegía el movimiento de los otros dos ejércitos hacia la Llanada alavesa. Aquella noche Wellington cambió la dirección de marcha de la columna de Girón y decidió concentrar todas sus divisiones en dirección a la Llanada alavesa. Era un síntoma claro de que el comandante inglés buscaba una batalla; si sus oponentes no la aceptaban, los empujaría al menos con decisión hacia la frontera francesa. Wellington desaprovechó, no obstante, la comprometida situación de los ejércitos imperiales en su apresurada retirada hacia Vitoria. En lugar de caer sobre ellos de forma inmediata, prefirió esperar a que sus colas de columna, que venían muy estiradas, alcanzaran a las vanguardias.

El 20 de junio los ejércitos del Mediodía, Centro y Portugal estaban ya reunidos y a salvo ante la ciudad de Vitoria. El ejército del Norte había alcanzado Logroño y Laguardia sin tener noticia alguna de las tropas del rey, que el día anterior habían abandonado Haro y Miranda de Ebro, a escasa distancia de la vanguardia de Clauzel. Éste, sorprendido por no recibir instrucciones y sin saber que el rey se dirigía a la Llanada alavesa, se detuvo a dos jornadas de marcha del lugar de concentración y optó por reunir allí sus divisiones. En otras palabras: las dos fuerzas francesas –la principal y la de refuerzo– habían marchado en paralelo y en direcciones opuestas, alejándose una de la otra. Entre ambas se habían deslizado los dos batallones alaveses de Mina a las órdenes de Sebastián Fernández, alias *Dos Pelos*, y los dos regimientos montados de don Julián, que marchaban detrás de las tropas de José. Ese conglomerado de fuerzas ligeras españolas, que también se había cruzado entre sí, constituyó una pantalla que aisló un contingente impe-

rial del otro, impidiendo todo enlace ente ellos en un momento decisivo.

Simultáneamente, la división mandada por el general Foy se encontraba muy dispersa cubriendo la retirada de la guarnición en Bilbao y protegiendo la línea de comunicaciones con Francia. Foy había recibido también la orden — un tanto ambigua — de acudir a Vitoria siempre y cuando quedara cubierta la retirada de las fuerzas desplegadas en Vizcaya. Pues bien, de aquel conjunto de unos 15.000 combatientes ninguna unidad fue enviada a reforzar las tropas de José. Las tropas vascas de Mendizábal y Jaúregui, así como el movimiento inicial de Girón hacia Bilbao, consiguieron retener otro importante contingente de tropas imperiales.

Por otra parte, el mariscal Jourdan se sintió indispuerto y tuvo que guardar cama el 20 de junio. José Bonaparte suponía que Wellington no le atacaría, sino que continuaría con su maniobra de desbordamiento, tal como había hecho desde la salida de Portugal. Por ello mantuvo sus fuerzas en un despliegue de espera mientras confiaba en la llegada de Clauzel, que debía aparecer de un momento a otro. Inmerso en un estado de ansiedad e incertidumbre, y falto del apoyo de su jefe de estado mayor, el monarca quedó paralizado. No tomó ninguna medida importante de cara a un posible encuentro armado. La única acción significativa de aquella jornada previa a la batalla fue el envío de la brigada Menne acompañada de alguna caballería por la carretera de Vitoria a Bilbao por Murguía. A la altura de Letona contactaron con la división de Longa y, tras un intercambio de disparos, los franceses se retiraron al río Zadorra convencidos de que se trataba únicamente de una fuerza de flaqueo.

Durante la noche se tomaron, no obstante, dos medidas. Por una parte, la pequeña división josefina de Casapalacio fue enviada a Durana para cubrir el puente que daba acceso a la carretera de Francia, a retaguardia de Vitoria; por otra, la división Maucune salió de la capital escoltando un enorme convoy con destino a Francia. Estaba formado por piezas de artillería pesada, familias

españolas comprometidas con el monarca intruso y valiosas obras de arte que habían sido previamente expoliadas. Sin embargo, una parte importante de los carros y carruajes del convoy permanecía en las afueras de la ciudad. Constituía una grave amenaza para cualquier movimiento del ejército imperial, ya fuera de repliegue o de retirada. Los almacenes de víveres de la ciudad también estaban exhaustos, lo que ponía igualmente al ejército en la tesitura de tener que ponerse pronto en marcha.

El día de la batalla los franceses contaban en la Llanada alavesa con unos 63.000 combatientes de todas las armas —que incluían 48.000 infantes y 10.500 jinetes— y 140 cañones. En las cercanías, aunque no llegaron a combatir, disponían de otros 30.000 combatientes de fuerzas operativas. A esas cifras hay que añadir las guarniciones de Pamplona, Santoña, Pancorbo, San Sebastián y otros lugares de la demarcación del ejército del Norte, estimados en otros 15.000 efectivos.

Frente al ejército imperial concentrado delante de Vitoria, Wellington había desplegado su fuerza en abanico detrás de las sierras que bordean la Llanada al oeste y noroeste, con una pequeña fuerza de cobertura al sur. En total eran 80.000 hombres de diversos países —36.000 británicos, 27.000 portugueses, 5.000 alemanes y 12.000 españoles—, y de todas las armas —68.000 infantes, 8.500 jinetes y 96 cañones—. A retaguardia había quedado una potente división y dos escuadrones de caballería, que suponían otros 7.500 combatientes, para cubrir la línea de comunicaciones por la que todavía seguían llegando columnas logísticas, trenes de sitio y el parque de puentes. Detrás del ala derecha marchaba hacia la Llanada alavesa la fuerza de 15.000 hombres de Girón, cuya cabeza de columna se encontraba al anochecer del 20 en Orduña. En su posición de espera previa a la batalla el lord contaba con una ventaja muy valiosa: la ocultación de su despliegue tras una pantalla montañosa impenetrable a la observación del enemigo. A la amplia superioridad numérica se ha de añadir la sorpresa cuando el comandante aliado pasó al ataque.

Una de las características más notables de la batalla de Vitoria fue precisamente la desproporción de fuerzas. Wellington contaba con 80.000 soldados frente a los 63.000 del ejército francés que, sin embargo, le superaba en artillería y caballería. Esa última ventaja solo podía ser aprovechada si el ejército imperial tomaba la iniciativa en la elección del terreno y era dirigido de forma eficaz. Conviene destacar que en las cifras dadas están incluidos artilleros e ingenieros, algo relativamente infrecuente. Los componentes de ambas armas eran más numerosos en el lado francés, cuya fuerza total venía dada por la suma de tres ejércitos (Portugal, Centro y Mediodía); pero esos efectivos excedían a los que realmente podían ser utilizados en la batalla. Comparando la presencia de la infantería en ambos bandos, la desigualdad resulta aún más patente: 68.000 aliados frente a 48.000 imperiales.

Las fuerzas vascas, castellanas y navarras de origen guerrillero habían contribuido de manera decisiva a esta asimetría tan favorable a los aliados. En efecto, habían conseguido que la fuerza militar imperial, que en conjunto superaba la de Wellington, quedara reducida en el momento decisivo del combate a una fracción insuficiente para medirse en condiciones favorables a su oponente. El propio Espoz y Mina afirmó que: *“a costa de un duro padecer llenábamos el grande objetivo del momento, que era el de entretener al ejército de Clauzel para que no pudiera reunirse con el rey José y poner en duda la suerte de las armas aliadas. Acaso influyeron más de lo que a primera vista aparece las maniobras de la división Navarra al éxito feliz que se preparaba en Vitoria ...”*.²⁶

²⁶ Francisco ESPOZ Y MINA: *Memorias* Madrid, Imprenta Rivadeneyra, 1851-1852, t. II. Citado por Emilio LARREINA: *La Batalla de Vitoria 1813, el fin de la aventura*. Madrid, Almena, 2009, p. 31.

6. A modo de conclusión.

Al estudiar los sucesos militares del gran choque armado del 21 de junio deben tenerse en cuenta todas las tropas situadas en el entorno cercano, tanto aliadas como francesas. Al estar en condiciones de poder participar en la batalla, influyeron en las decisiones de los generales en jefe y determinaron el escenario operativo. Tampoco cabe olvidar que una gestión distinta de las operaciones previas hubiera podido reunir un número muy distinto de fuerzas por ambas partes para la batalla.

Sin embargo, cabe señalar que el alto mando imperial cometió errores muy graves —tanto en España como en París— por la continua interferencia entre las cuestiones político-estratégicas y las puramente militares. El Emperador y su ministro de la Guerra se equivocaron al querer dirigir la guerra desde tan lejos y minar con su actitud la autoridad de José Bonaparte; éste por no actuar hasta el inicio de la campaña, por no convocar inmediata e inequívocamente a Clauzel y por no organizar adecuadamente el envío rápido y seguro de las órdenes campaña. También influyó la falta de carácter y la inexperiencia militar del rey José, incapaz de imponer la unidad de acción a unos generales un tanto díscolos y contrarios a la coordinación e integración efectiva de sus fuerzas en un mando único.

Hay que reconocer, no obstante, que la suerte fue muy desfavorable a la causa imperial: un solo día más y José Bonaparte hubiera reunido una fuerza capaz de pasar a la ofensiva o, cuando menos, de evitar la debacle. En el conjunto de circunstancias que propiciaron tantos desatinos por parte imperial resultó determinante la enorme fricción creada por la resistencia patriótica, que afectó a la moral de los ocupantes, dificultó enormemente la recluta de tropas entre la población civil y entorpeció la obtención de información. Solo a costa de mucho esfuerzo y mucho riesgo podía ser conseguida para la causa francesa. Por otro lado, las fuerzas guerrilleras ralentizaron el tránsito de informes y despachos, aislando a unas fuerzas imperiales de otras y reduciendo la capacidad logística

de las tropas ocupantes. También les causaron numerosas bajas y mantuvieron ocupadas a valiosísimas unidades que, reunidas a las del rey, hubieran podido marcar la diferencia.

En sentido opuesto, Wellington contó con la ventaja añadida de disponer de importantes multiplicadores de fuerza. En efecto, recibió sin coste alguno información que le llegaba desde toda la profundidad del despliegue enemigo, añadió nuevas tropas sobre la marcha que conocían perfectamente el terreno por el que avanzaba su ejército y contó con el apoyo unánime de la población. Se puede afirmar también sin lugar a dudas que las tropas de origen guerrillero implantadas en las provincias del norte determinaron el escenario estratégico a favor de los designios del generalísimo inglés e intervinieron con carácter decisivo en las fechas inmediatas al gran choque, con independencia de que estuvieran presentes o no en el campo de batalla.